



Roldán, Alberto F. *Atenas y Jerusalén en Diálogo. Filosofía y Teología en la mediación hermenéutica*. Lima, Perú: Ediciones Puma, 2015. Pp. 222. ISBN 978-612-4252-08-2

Atenas y Jerusalén, ¿territorios culturalmente contrapuestos o complementarios? ¿Cómo es posible que dos escuelas de pensamiento, tan diferentes una de la otra, hayan logrado unirse hasta el punto de fusionarse en una nueva concepción del mundo, suavizando un choque de ideas tan potente que fue capaz de crear una cultura totalmente nueva, que se dio en llamar “cultura cristiana occidental”? Aquí radica el sentido primigenio del diálogo intercultural que nos propone Alberto Roldán mediante su análisis hermenéutico de la teología contemporánea. Diálogo entre dos disciplinas, teología y filosofía, que constituyen un entramado racional documental, donde la una complementa e ilumina a la otra, ya sea en virtud de sus contenidos, que son análogos, como así también a raíz de sus métodos, semejantes y complementarios. Y en este diálogo es donde nuestro autor tiene algo importante que decir.

Así, Roldán pasa revista al pensamiento que manifestaron al respecto Tillich y Pannenberg, tomando ambas posturas como marco teórico a partir del cual será posible definir distinciones y convergencias entre dos campos disciplinares, puesto que ambos pensadores le otorgaron gran importancia a la filosofía en la construcción de su teología. Sendas disciplinas se ocupan del ser, dice Tillich, pero en tanto la filosofía lo hace indagando sobre la estructura del ser en sí, la teología se enfoca en su significado.

Un más que interesante análisis sobre la influencia de la obra de Kierkegaard en Karl Barth prosigue a la exposición kantiana sobre el reino de Dios. Kierkegaard fue muy influyente, tanto en filosofía como en teología, especialmente debido a su posición radicalmente contraria al pensador por excelencia de las primeras décadas del siglo ^{xix}: Georg Hegel. Tanto Heidegger como Jaspers y Sartre, en filosofía, y por otra parte Barth, Brunner y Tillich, en teología, se consideran herederos de su pensamiento. Roldán dedica un capítulo a indagar, particularmente, la influencia que tuvo Kierkegaard en la teología de Karl Barth. Los aspectos

de su obra teológica donde se denota dicha influencia son tres: el método dialéctico, la desesperación como condición humana y la fe como salto y decisión. Se percibe esto con claridad en el comentario de Barth a la carta a los Romanos.

La dialéctica hegeliana aflora incisivamente en la obra del teólogo y filósofo danés, una dialéctica muy diferente a la de su maestro suabo, porque no incluye síntesis, sino que se resuelve en una irracional paradoja que sitúa a Dios en un sitio trascendente. Y es precisamente aquí, en esta situación paradójica de la dialéctica, donde el pensamiento del danés resurge a través de la teología de Barth.

Cabe recordar las connotaciones que posee la dialéctica, según la filosofía de quien se haga referencia, para lograr entender el uso que Barth hace de este milenar método filosófico. Recordemos que surgió en Grecia, en el siglo ^{vi} a. C., con los denominados “filósofos presocráticos”, y que poco más tarde alcanzó gran desarrollo en la filosofía de Platón. Kant hablaba de la dialéctica de la razón en el sentido de la inevitable contradictoriedad en que cae la razón cuando deja el terreno de la experiencia, de modo que las ideas dan lugar a antinomias: tesis y antítesis. Para Hegel, en cambio, toda tesis está ligada a su opuesto, es decir a su antítesis, la cual impulsa a una profundización del pensamiento requiriendo la unidad de una síntesis que, a su vez, vuelve a aparecer como nueva tesis que, a su vez, suscita una nueva antítesis que al unificarse, provoca una nueva síntesis y así sucesivamente. Kierkegaard, aun siendo crítico de Hegel y separándose sustancialmente, insiste en el carácter dialéctico de su pensamiento. Tal signo se percibe en la diferencia cualitativa insalvable entre Dios y el hombre, el cielo y la tierra, la finitud y la infinitud, la fe y la incredulidad, la esencia y la existencia. Kierkegaard reflexiona profunda y ampliamente sobre la contradicción que implica el Dios-hombre, punto de inflexión ante el cual nos escandalizamos o creemos. Y esa contradicción entre ser Dios y ser hombre es infinitamente cualitativa, según la teología del filósofo danés.

Aunque Barth comenzó a leer a Kierkegaard a partir de 1909, el danés lo influyó decisivamente cuando escribía el comentario a Romanos, en 1918. La influencia de Kierkegaard se denota al enfatizar el momento

“estático” de la dialéctica, la “infinita diferencia cualitativa” entre Dios y la criatura. Todas las variantes dialécticas tienen el presupuesto de que el método dialéctico se funda en el diálogo y particularmente la dialéctica barthiana retiene esta característica del diálogo porque considera que el pensamiento teológico solo es posible en un diálogo de ida y vuelta, en un discurso de pregunta y respuesta. En el encuentro entre preguntas y respuestas se realiza el carácter tético-antitético de la teología. Por eso, la teología es pensamiento dialéctico. Al considerar seriamente el carácter dialéctico de la teología, esta debe presentar un discurso abierto, en lugar de cerrarse en un sistema autorreferencial.

No podía estar ausente en esta obra una exposición sobre Ricoeur y su teoría hermenéutica, como teoría de una interpretación del texto capaz de otorgarle claridad contextual y cultural al discurso. En el trasfondo del análisis hermenéutico de Ricoeur late la idea de que en toda escuela de pensamiento aflora siempre una tradición cultural y religiosa, por ello la necesidad de desentrañar cualquier indicio de ideología encerrado en el discurso.

Paul Ricoeur nació en Francia, en 1913, y murió en 2005. Perteneció a la Iglesia Reformada Francesa, por lo cual se explicaría su gran afición hacia los temas teológicos, especialmente la fe, la culpa, la finitud humana y la salvación. Ricoeur se destaca por su enorme bagaje cultural, producto de lecturas muy profundas en casi todos los campos de las ciencias sociales. Podría resumirse la totalidad de la obra de Ricoeur como una gran hermenéutica. Esta se define como la teoría de las operaciones de la comprensión relacionadas con la interpretación de los textos y contrae la idea rectora de la actualización del discurso como texto. Las palabras clave que de modo recurrente surgen en sus textos son, por tanto: teoría, comprensión, interpretación, textos. La idea básica del recorrido que hace la hermenéutica, según explica Ricoeur, es que primero hay un discurso, que luego se convierte en texto, el cual exige una interpretación.

En cierto sentido puede afirmarse que Ricoeur se sitúa entre la hermenéutica y la teoría crítica, es decir, entre Gadamer y Habermas y puede afirmarse que hay cuatro etapas básicas en el pensamiento hermenéutico de Ricoeur:

1. Etapa en la cual estudia los mitos que relatan el origen y el fin del mal, etapa inicial a la que pertenece su obra *La simbólica del mal*.
2. Etapa en la que aborda el tema del símbolo como forma cultural y estructuras de doble sentido, incluido el religioso, cuyas obras representativas son *De l'interprétation* y *Essai sur S. Freud*.
3. Etapa en la que se dedica a cuestiones del lenguaje y el estructuralismo, y sus dos obras clave son *El conflicto de las interpretaciones* y *La metáfora viva*.
4. Etapa en la cual se ocupa de los relatos históricos y de ficción, produciendo dos libros fundamentales: *Del texto a la acción* y *Tiempo y narración*.

Roldán señala que la riqueza y los vastos alcances de la hermenéutica de Ricoeur son difíciles de abordar y sintetizar en todo su contenido, por lo tanto opta por resumirla en algunos ejes centrales que finalmente, pasando por el puente de la ética, confluyen en la educación. Esos ejes son los siguientes: hermenéutica del texto, hermenéutica del símbolo, hermenéutica de la acción, hermenéutica crítica y hermenéutica del sí mismo.

Un hito por demás importante en el estudio propuesto por el Prof. Roldán lo constituye la hermenéutica gadameriana. El filósofo alemán Hans-Georg Gadamer es reconocido como quien ha hecho grandes aportes para situar la hermenéutica como tema central de la filosofía. Su obra fundamental, *Verdad y método*, se ha constituido en un hito en la historia de la hermenéutica. Gadamer respondió a sus críticos en *Verdad y método II*, y finalmente publicó un par de ensayos resumidos en *El giro hermenéutico*, donde queda plasmada la etapa final de su pensamiento.

A diferencia de Heidegger, Gadamer no pierde de vista la fecunda función de la hermenéutica en el esclarecimiento del lenguaje mediante el que se revela lo sagrado, con lo cual reposiciona a la hermenéutica como centro neurálgico del análisis del ser, y por tanto de la filosofía. Según Gadamer, el “giro hermenéutico” constituye el carácter unidimensional de la ciencia del lenguaje. El giro hermenéutico se inicia cuando la filosofía toma al lenguaje como objeto, de modo tal que aquello que fue siempre para la filosofía un instrumento, se constituye en su tema, en “la cosa” de

la tarea filosófica. Hablar del lenguaje es remitirse a la esencia del filosofar. La fenomenología, la hermenéutica y la metafísica no son meras disciplinas filosóficas, sino que constituyen el filosofar mismo.

En diálogos permanentes con Heidegger, son numerosas sus referencias al *Dasein*, un “ser ahí” que se define por su finitud e historicidad, y que no es más que una simple carencia que sucumbe ante el verdadero ser, el ser eterno y atemporal en sí mismo.

Gadamer hace múltiples referencias a temas teológicos en sus ensayos. Por ejemplo, menciona la crítica heideggeriana a la ontoteología aristotélica, como así también tematiza aquel impulso inicial hacia la teología emprendido por Heidegger en los inicios de su camino filosófico. Pone de manifiesto cómo sus influencias teológicas lo condujeron inicialmente hacia la crítica por el sentido del ser en la metafísica griega, culminando en la crítica al concepto de ser y al concepto de Dios en toda la metafísica aristotélica y la teología tomista. Tanto la metafísica aristotélica como la solución tomista al problema del ser de Dios y del ser en general le resultaron a Heidegger deficientes e inaceptables. De ahí el desenlace metafísico de Heidegger y su asimilación definitiva del Ser como tiempo.

Hay en Gadamer una interpretación sobre las motivaciones cardinales de la filosofía de Heidegger y la totalidad de su hermenéutica que indica que el filósofo natural de Friburgo nunca logró desembarazarse por completo de la teología que lo influyó tan fuertemente en los años de sus estudios iniciales universitarios. Incluso afirma, osadamente, hablando de Heidegger y Derrida, que ambos fueron plenamente conscientes de que la filosofía jamás podría liberarse del todo de su origen histórico en la metafísica de Occidente. Por ende, si esto es cierto, acota Roldán, parafraseando a Gadamer, podría afirmarse que tampoco le resultará fácil a la filosofía liberarse completamente de su origen teológico.

Herederero posmoderno de Gadamer, Gianni Vattimo destaca el rol que ha manifestado la religión en nuestra cultura, radicalmente despojada de metarrelatos sospechosos. Roldán analiza y evalúa la interpretación *sui generis* del abanderado italiano del pensamiento débil desde el ámbito de la *kénosis* divina. Vattimo aborda el tema de la influencia del cristianismo

en la cultura posmoderna y las relaciones entre la cultura occidental y la religión.

Vattimo parte de lo que él llama la “disolución de la metafísica” y plantea que la *kénosis* de Dios en Jesucristo, lejos de ser negativa para hablar de Dios, es la única forma para poder hablar de Dios. Esto es así porque a partir del planteamiento de Lyotard sobre la posmodernidad se ha decretado la caducidad de los metarrelatos, por tanto de todo “pensamiento fuerte”, no quedando ya otra cosa que lo que Vattimo llama “pensamiento débil”.

No podía faltar en esta obra el análisis sobre la actual teología política. Aquí la erudita pluma del Dr. Roldán se posa sobre el sentido y el efecto de la secularización en el fenómeno religioso y cómo este se las ha ingeniado para lidiar con un proceso espiralado y recurrente desde los albores de la Modernidad. ¿Cómo tendrá que ser el carácter de la respuesta religiosa de nuestro tiempo, capaz de dar cuenta y de asumir el impacto de la secularización? A dilucidar esto nos invita Alberto Roldán a través de su obra, fundiendo en un mismo texto el sentido propuesto por dos ciudades icónicas de nuestra cultura occidental: Atenas y Jerusalén. Un propósito por demás relevante y urgente si pretendemos comprender el tiempo que vivimos.

Fernando Aranda Fraga

Facultad de Humanidades, Educación y Ciencias Sociales

Universidad Adventista del Plata

Entre Ríos, Argentina

decanofhccis@uap.edu.ar